

CARTA ABIERTA  
AL  
SENOR DON AMADO NERVO  
Y

ESTUDIO CRÍTICO DE "EL BACHILLER."



Sr. D. Amado Nervo.

S. C. 26 de Diciembre de 1895.

Presente.

Muy estimado y fino amigo:

**S**U elegante y fecunda pluma ha producido recientemente una corta y hermosa novela que está llamando la atención, así por su mérito como por lo inesperado y original del desenlace.

Los juicios que se han publicado acerca de ella, y la novela misma, convidan al estudio de cuestiones literarias y de Estética, que en mi concepto son de subido interés, aun cuando no tengan ya el de la novedad. La importancia de esas cuestiones me ha

movido á escribir el siguiente estudio crítico, cuyas deficiencias soy el primero en reconocer. Para ellas pide á Ud. indulgencia su adicto amigo que atento B. S. M. — *Rafael Angel de la Peña.*

El Bachiller protagonista de la novela, tiene sus antecesores en el estudiante de *Pepita Jiménez*, en el *Padre Enríquez* de Doña Luz, y también en *El Beato Calasanz* de Justo Sierra. En todos ellos luchan dos afectos: el amor á Dios y el amor á la mujer.

En los albores de su juventud, no fué el Bachiller muy creyente que digamos, y más de una vez, si bien pasajera y momentáneamente, el amor profano visitó su alma.

La meditación de las grandes verdades del Catolicismo, durante un retiro de nueve días, fué el reactivo que reveló las aspiraciones de su espíritu, que no podía quedar satisfecho con el amor tornadizo y finito de las creaturas. Según declaración suya “tenía deseo de ser amado... y necesitaba “así mismo amar; pero de tal suerte, que “jamás el cansancio lo debilitase, ni lo helase el hastío, ni el desencanto opacase la “belleza del objeto amado,” y no hallando

fuera de Dios, ser que realizara semejante ideal, ya sólo procuró inflamar su corazón en el amor divino.

Al paso que los estudios teológicos le mostraban las perfecciones infinitas del Ser Absoluto y los incomprensibles misterios del orden sobrenatural, su cuerpo, extenuado por constantes maceraciones, no le era estorbo para que su alma volase en alas del amor y de la contemplación, hasta las regiones de luz y de paz en donde mora la Divinidad. Y allí, al oír la voz del Amado sentía dulzuras inefables é inundaban su espíritu delicias que al hombre no le es dable narrar, y en cuya comparación, todos los goces terrenos no son al cabo, más que vanidad de vanidades y aflicción de espíritu. ¡Cómo deseaba entonces que al fin se rasgasen los velos que le ocultaban á esa Belleza, siempre antigua y siempre nueva, objeto de todas sus ansias! ¡Cuánto anhelaba desatar los vínculos que ligan el alma al cuerpo, para vivir en Cristo y morar sólo con Él.

Los favores que Dios le había concedido en los principios de su vida espiritual, fueron tan crecidos, y tan intensas é íntimas

las dulzuras con que había regalado su espíritu, que por tentadores que fueran los placeres sensuales, los vencería sin duda el amor divino, y no podrían manchar la cándida pureza de su alma, ni turbar el perfecto equilibrio de sus afectos.

Sin embargo, un día se desencadena tempestad deshecha, que da al través con la bonanza y serenidad de su vida íntima; pero antes de rendirse á la tentación vehementísima con que pone á prueba su virtud, hermosa y apasionada joven, se arma de valor heroico, y por modo doloroso y eruento, renuncia para siempre á funciones fisiológicas de la mayor importancia.

El Seminarista de la *Pepita Jiménez*, que se desnuda la sotana y acaba por formar un hogar, ofrece un desenlace más humano que el del Bachiller, y lo mismo hay que decir del término que pone Don Juan Valera al amor del P. Enrique.

Median sin embargo hondas diferencias en estos tres personajes. Don Luis, primero amante y después esposo de Pepita Jiménez, no tiene verdadera vocación eclesiástica, ya que “en ella entraba por mucho el amor “ propio, el orgullo, los inexpertos sueños

“ ambiciosos del colegio, y el entusiasmo, “ más fanático que firme.”

En cuanto al P. Enrique, el caso es enteramente diverso, hasta pudiera decirse que es diametralmente opuesto al de Don Luis, y guarda alguna analogía con el del Bachiller, á lo menos por lo que mira á la sinceridad de su ascetismo.

El Padre Enrique es un santo y sabio misionero que ha probado la legitimidad de su vocación, peleando las guerras del Señor y triunfando de propias y ajenas pasiones. En su noble afecto á Doña Luz no hay el impuro sentimiento de torpe sensación, sino la cándida, la inmaculada pureza de un sentimiento tan elevado y tan limpio que deslumbra los ojos de su espíritu y no consiente que vea el abismo á donde irremisiblemente irá á parar. Con maravillosa elocuencia describe el poeta el estado en que se halla el alma desolada del misionero dominico, cuando al fin se da cuenta de que es amor vedado lo que él siente por Doña Luz. Hablando con Dios, dice el Padre Enrique: “ Todo el raudal de amor “ que de su corazón brotaba y que iba á Tí, “ Dios mío, no, jamás pensé en robártelo

“ y guardarle para mí ; pero pensé con egoísmo en abrir cauce en mi espíritu á aquel claro, impetuoso y cristalino torrente, á fin de que llegara por él á su centro. Nunca soñé con ser el término de la carrera del raudal, sino con ser el camino por donde sus limpias ondas se fueron derivando, hermosando el camino al paso, y reflejando en él el cielo sereno y todas las galas de la tierra, con más primor reflejo y con mil veces más hechizo que en la realidad misma. . . . . Mi indigno cálculo ha sido desbaratado ; mi insano sofisma se ha vuelto contra mí, yo mismo he quedado envuelto en la red cautelosa que había tendido. Harto lo reconozco ahora. La concupiscencia del espíritu es la peor de las concupiscencias. . . . Hubo en mi afecto por esta mujer una serenidad y una limpieza hartamente engañosas. Me la fingí etérea, fantástica, intangible, como deben ser los ángeles ; inasquible durante la vida mortal, como es el cielo.”

Y como el Padre Enrique escondió su afecto en los senos más recónditos de su corazón, la lucha interna fué titánica y pro-

dujo la enfermedad que puso término á su vida. El desenlace no pudo ser más natural, pues á fin tan desdichado tenían que conducir las angustias indecibles que torturaron al triste dominico.

¿Qué pensar ahora de la tremenda peripetia con que resuelve el Sr. Nervo el conflicto que surge en el atribulado espíritu del Bachiller ?

Quién la sindicada de inmoral y antiestética y quién de ilógica é inverosímil. A mí no me parece que peque ni contra la Estética ni contra la Lógica.

Que la sana moral condena la conducta de Orígenes es cosa que está fuera de duda, y si el Bachiller hubiera concluido sus cursos teológicos, cuando llevó á cabo su desatentada determinación, habría sabido cómo alguno de los cánones apostólicos condena al que tal hace, y le declara homicida de sí mismo y enemigo de lo que Dios ha establecido. La exégesis católica expuesta por San Juan Crisóstomo, le habría dado á conocer el verdadero sentido del texto bíblico, tan desdichadamente aplicado por Orígenes, el cual, años más tarde, ya con mejor acuerdo, impugnó á la secta de los Va-

lesianos, los cuales enseñaban que los estímulos de la concupiscencia privan de la libertad, y que para salvarse, preciso era extirpar el *fomes peccati*.

Spencer, colocándose en otro punto de vista, declara obligación moral el ejercicio de las funciones fisiológicas, sin exceso ni defecto, y considera como inmorales las acciones que dificultan y con más razón las que imposibilitan cualquiera de las formas de la existencia.

Pero tal vez todo esto lo sabía Felipe y quizá en el momento tremendo de la lucha lo olvidó todo para no pensar sino en alcanzar la victoria; ó lo que es más cierto, el peligro inminente de faltar á sus votos y mancillar la pureza de su alma, le causaba imponderable terror.

Ya en otra vez había luchado con la imagen tentadora de una mujer hermosa, y lleno de angustia había acudido á la Virgen Inmaculada; el poder de la oración y su fuerza de voluntad lo salvaron entonces; pero ahora el enemigo se presentaba más formidable; ya no es la imagen, es la mujer misma, que desatentada y loca de amor, con el doble atractivo de su juventud y de

su hermosura, ofrece á Felipe cuanto ella vale, y no valía poco, en cambio de su corazón. Su voz desfallecida por la emoción, la tierna languidez de sus miradas, sus óculos candentes, sus ebúrneas y turgentes formas quizá mal encubiertas, levantan deshecha tempestad en el alma del joven asceta, desapercibido en esos momentos para una lucha inesperada y verdaderamente titánica. Y luego, la soledad que tan fácilmente concierta la voluntad de los amantes, la imposibilidad de la fuga, el tibio ambiente de una tarde primaveral, la brisa impregnada de suaves perfumes, la pompa y magnificencia de la naturaleza, circunstancias todas propicias al amor, daban á la tentación poder casi irresistible. ¿En dónde hallar el estanque helado ó el zarzal de punzantes abrojos que Francisco de Asís hubiera ofrecido por lecho á la desatentada joven? ¿De dónde tomar el tizón encendido con que Tomás de Aquino la hubiera puesto en fuga? ¿O de qué habría aprovechado la elocuencia divina de aquel varón santísimo que redujo á vida penitente á la misma cortesana que solicitaba su perdición, si la

enamorada doncella ni aun oía siquiera las palabras del atribulado Felipe?

¡Ay! todos los caminos le estaban cerrados. Y la serenidad del espíritu, la paz interior de su alma, los íntimos goces espirituales que había logrado en su constante comunicación con Dios, la inefable bienaventuranza de una vida más angelical que humana, y más que todo esto, la tranquilidad de una conciencia exenta de pecado grave, sobre todo contra la pureza que tanto amaba, iban á desaparecer en un momento; iban á trocarse en efímero placer sensual que después de conturbar su espíritu y manchar su alma, había de hastiarlo y degradarlo, convirtiéndolo de ángel en bestia; de vaso de elección y templo del Espíritu Santo, en vaso de podredumbre y morada de Asmodeo. Sin duda estas consideraciones que sucesivamente se habían ofrecido á Felipe en sus luchas interiores, ahora se le ponen delante todas simultáneamente, y antes de que hálito de fuego agoste y queme la cándida azucena de su pureza, antes también de poner en olvido la promesa hecha á Dios en ocasión memorable, hace el mayor sacrificio á que puede someterse, para alcanzar

un triunfo definitivo sobre las sugerencias de la carne.

La autoridad y el ejemplo de tan grande hombre como fué Orígenes, lo indujeron en gravísimo é irreparable error, pero error que va acompañado de un sacrificio heroico por el cumplimiento de un deber sin duda mal entendido; pero ese sacrificio pone al descubierto una alma romana, ó mejor una alma cristiana del tiempo de Diocleciano, hermoçada por la luz apacible y serena de la castidad y por los vívidos fulgores de la fortaleza y del amor divino. Y colocado en este punto de vista, pienso que si criterios filosóficos opuestos condenan á una la conducta del Bachiller, la Estética la absuelve, y esto es lo que importa al artista.

Si el Sr. Nervo se hubiera propuesto resolver un problema ético, yo confesaría de buena voluntad, que la solución era inadmisibile; pero si tal hubiera sido su intento, cree que habría escrito una disertación antes que una novela.

Cierto es que muchos piensan que toda obra literaria ha de ser docente, ó como hoy se dice, *tendenciosa*, y que toda novela ó producción dramática ha de ser un capí-

tulo de Sociología ó de Psicología ó de Economía Política que resuelva en hermosos versos ó en buena prosa, cuestiones graves que filósofos y pensadores profundos han dejado hasta hoy sin solución.

No puede negarse que si el poeta se siente con fuerza para ello, hará bien en acometer tamaña empresa, realizando el *miscuit utile dulci* de Horacio; tampoco se ha de negar que en obras de puro entretenimiento pueden combinarse y de hecho se combinan elementos estéticos con elementos éticos, y en tal caso el novelista y el dramaturgo contraen el compromiso de resolver con acierto las dificultades ajenas á su arte, que les salgan al paso, por más que no sean de la competencia del poeta; pero con todo esto, muy bien se compadece que el fin principal é inmediato de toda obra de arte sea producir la belleza.

Podrá suceder que una novela no tenga más objeto que deleitarnos, y si lo consigue, desde el punto de vista del arte, será preferible á novelas científicas que tengan por intento divulgar la ciencia, intento nobilísimo; pero que más tiene de docente y didáctico que de artístico.

Como yo no tengo autoridad, ni en esta ni en ninguna otra materia, citaré á este propósito lo que enseña uno de los primeros críticos y estéticos contemporáneos. Dice el Sr. Menéndez y Pelayo: "...es verdad trivialísima que los géneros puros y libres del arte valen más estéticamente que los géneros aplicados y mixtos; mucho más la poesía épica ó dramática que la didáctica; mucho más la poesía que la oratoria ó la historia; mucho más la novela que nada enseña y recrea apaciblemente el ánimo, que la novela que tiene por objeto dar nociones de Economía Política ó de Física ó de Astronomía..."

En cuanto á enseñanzas morales, no estarán fuera de su lugar, si brotan espontáneas del asunto, y seguramente en este sentido hay que entender lo que Vicher aconsejaba á los alumnos de las musas: "Buscad lo bello, que lo bueno se os dará por añadidura."

Esta teoría del arte por el arte, en la cual estriba la principal defensa de la novela del Sr. Nervo, descansa á su vez en la diferencia que distingue *lo bello de lo bueno*, pues si bien la Verdad, la Bondad y la Be-

lleza absolutas se identifican en el Ser Infinito, consideradas en los seres limitados se diferencian entre sí, y sus conceptos son radicalmente distintos. Necesito detenerme en este punto trascendental, porque no falta quien juzgue que es inmoral el desenlace del *Bachiller*, y por inmoral digno de censura, y lo es en efecto, como solución dada á un caso de conciencia; pero tal caso no está á discusión; ni es objeto de consulta, ni hay una sola palabra en la novela que justifique, ni siquiera disculpe la conducta del protagonista.

Lo que hay que decidir es si el desenlace de "El Bachiller," viola los cánones de la Estética ó bien satisface á las exigencias del arte. Para ello procuremos fijar los conceptos de bondad y de belleza, y veamos cuál es el fin que toca realizar al arte y lo que racionalmente hay que exigir de él.

No se me esconde que estéticos como Jungmann y Milá y Fontanals no aciertan á concebir lo bello sin lo bueno; sin embargo, otro es el sentir de grandes pensadores: Santo Tomás en diversos lugares de sus obras enseña que "entre lo bello y lo bueno hay diferencia racional; que lo bello

"mira á la facultad cognoscitiva, y lo bueno al apetito." Lo bueno es lo que todos apetecen y tiene el carácter de fin; de donde se sigue que sólo con su posesión se aquieta el apetito; mas tratándose de la belleza basta su vista y conocimiento, sin necesidad de su posesión, para que el apetito descanse en ella. Finalmente, la belleza es la claridad, la debida proporción y el resplandor de la forma." De toda esta doctrina se infiere también que las cosas bellas serán aprehendidas por la mente y estas cosas bellas serán intelectuales unas y morales otras. Algunas serán percibidas por la vista y otras, finalmente, por el oído, porque sólo estos dos sentidos son representativos, y por esto hay colores y sonidos bellos; pero no olores, ni sabores que sólo serán gratos ó desagradables.

Veamos ahora cómo se produce alguno de los discípulos más insignes de Santo Tomás de Aquino, de esta inteligencia prócer, cuyos rayos nos iluminan al través de la Edad Media:

Fr. Juan de Santo Tomás, dice que "la disposición artificiosa ó artística es del todo independiente de la rectitud é inten-

“ción de la voluntad y de la ley del recto vivir,” que “ el arte no depende en sus reglas de la rectitud de la bondad y por eso no atiende á la rectitud de la obra, sino á la bondad del operante.” De aquí nunca se podrá colegir que hayan de aplaudirse las intemperancias de los artistas que ponen su arte al servicio de las pasiones; pero si se conducen mal como hombres, y por ello son merecedores de castigo, esto no destruye los elementos, bajo otros conceptos, estéticos, que pueden haber puesto en sus obras. Todo esto lo condensa el Sr. Menéndez en poderosa síntesis, diciéndonos que son igualmente falsas en el terreno racional ó lógico estas dos proposiciones: “ buscando lo bello, encontrarás lo bueno; “ buscando lo bueno encontrarás lo bello.”

Establecida así la teoría del arte por el arte; conquistada la independencia de éste y asegurada su finalidad propia, el artista se servirá á veces de elementos que no aprobará el moralista; pero que tampoco censurará el estético, si por ventura conducen al fin inmediato del arte que es producir la belleza. ¿En este caso se halla la novela del Sr. Nervo? Creo que sí. Si fijamos nuestra

atención en el protagonista, se descubre en él una alma que purificada por el estudio y por el amor divino, por el cultivo de la Ciencia y por el amor al Bien, vence y domina á su parte inferior, mar tempestuoso en donde se agitan todas las concupiscencias y tumultúan las pasiones desmandadas. En tanto, la parte superior de su espíritu es región serena de paz iluminada por los fulgores de la virtud y de la ciencia: en ella reina el concierto de los afectos, el equilibrio de las facultades y la quietud del alma, cosas todas que constituyen la belleza moral. Este linaje de belleza tampoco falta en el acto no esperado con que el novelista desata el nudo de la fábula, pues si visto objetivamente ese acto es inmoral, repugnante y doloroso, considerado subjetivamente es el sacrificio llevado hasta el heroísmo por lo que piensa el protagonista que es el cumplimiento de su deber; mas nadie podrá negar que tal sacrificio y tan gran triunfo es cosa hermosa que arrebatara nuestra admiración.

Y aquí conviene recordar la diferencia que Taparelli establece entre el concepto de belleza moral y el de acto bueno, “ porque “ hay inmensa distancia entre la estéril ad-

“miración que nos inspira la forma del acto bueno realizado por otro y el cumplimiento voluntario y libre de la ley moral.” En nuestro caso el acto que discutimos es una violación de leyes divinas y humanas; pero la intención que lo informa y las circunstancias que lo rodean, y que ya están puntualizadas constituyen su forma y esa forma es tal, que conquista nuestra admiración más entusiasta por una alma en quien la fortaleza y la castidad emulan con el amor á Dios y al deber.

Y aquí debo añadir que me rindo á la observación hecha por un literato muy distinguido. Piensa este notable crítico que la escena final de *El Bachiller* es algo naturalista y como seguramente mi amigo no pertenece á esta escuela, juzga que habría ganado el arte, si tal escena se hubiera suprimido.

Yo también creo como él, que no hay velos bastante densos para ocultar cuadros que no son ni para vistos, ni para imaginados. Esto no quiere decir que el autor se haya producido de un modo inconveniente; al contrario, luego se advierte qué empeño ha puesto, para no faltar ni en un ápice á la decencia y al decoro; pero el desenlace de

la novela es de tal naturaleza que hubiera sido mejor significarlo por un eufemismo que representarlo en un cuadro naturalista.

Parece que es del mismo sentir el Sr. Frías y Soto, según lo da á entender en un elegante y notable juicio crítico que sobre *El Bachiller* publicó hace algunos días. Por mi parte, aprovecho esta oportunidad, para repetir lo que ya dejo dicho en este modestísimo trabajo: que nunca será lícito sacrificar la Moral al Arte.

Aunque la novela es muy corta, dentro de tan reducidos límites, el autor da en ella claras muestras de lo que puede hacer en este género.

Su talento observador y su fuerza de concepción lo ponen en aptitud de crear caracteres bien estudiados y dibujados con pulso firme y seguro.

El breve diálogo sostenido entre Felipe y su tío, cuando éste persuade al Bachiller de la necesidad que tiene de pasar algún tiempo en el campo, descubre en el tío un conversador delicioso y en el Sr. Nervo notable maestría para hacer hablar á sus personajes.

Mucho queda aún que decir sobre su in-

teresa novela; pero sería abusar de la paciencia del lector añadir una sola línea á lo ya escrito.

Veó con gusto que ha recibido ya el Sr. Nervo merecidas y calurosas felicitaciones; es de esperar que ellas lo alienten y estimulen, y que muy pronto enriquecerá la literatura patria con nuevos y opimos frutos de su bien cultivada inteligencia.



## PROLÓGO

À LOS

“MURMURIOS DE LA SELVA.”

---